

SIRACUSA - Lucía Luca y el arquitecto alemán [2008]

Encuentro casual en el Palazzo Bellomo

Cuatro subsaharianas formaban una cadena humana que cortaba el tránsito de la Plaza Arquímedes, entre la fuente de Diana y la Prefectura, tumbadas en el asfalto.

A Uli le sorprendió que las chicas vistiesen tejanos ajustados y jerséis de colores vivos, y sobre todo que nadie hiciese caso de ellas, mientras dos municipales, plantados en medio de la calzada, se limitaban a desviar los coches en dirección a la Vía Amalfitana. Tres agentes más, dos chicos y una chica, permanecían frente al edificio con la oreja pegada al móvil.

– ¿Qué ocurre? ¿Por qué nadie hace nada? –le preguntó a Lucía.

– Descuida, que ya deben haberlo hecho. Ellos no tardarán en llegar.

Al poco rato, cuatro vehículos de la policía de Estado surgieron a toda velocidad de la vía Roma, frenaron sobre el pavimento de piedra que reflejaba las luces de la plaza, apagaron las sirenas, y los agentes se precipitaron sobre las chicas. Sin mediar palabra, intentaron meterlas en los coches, pero pronto se dieron cuenta que la tarea no era tan sencilla como habían imaginado.

Las chicas empezaron a chillar con una dramatización visiblemente planificada. Cuando un policía sujetaba a una por la espalda, la joven, flexible como un junco, juntaba los brazos encima de la cabeza deslizándose hacia el suelo para zafarse del abrazo policial. El otro agente, que la sujetaba por los pies, tenía que soltar la presa para no arrastrarla delante de la gente que se iba incorporando poco a poco al espectáculo.

Al deslizarse entre los brazos del policía, los jerséis de las chicas se quedaban atrás, mostrando los pechos desnudos. Para los transeúntes que se arremolinaban alrededor de la fuente de la plaza Arquímedes, en la península de la Ortigia, el barrio más antiguo de Siracusa, la imagen era de extrema violencia, como si los agentes quisieran desnudarlas.

– Eso, ¡ya sólo faltaría que las violasen! –exclamó alguien.

– ¡Yo no hago más que cumplir con mi deber! –se justificó un cabo de carabineros con la cara enrojecida y la voz quebrada, desbordado por el cariz que tomaban los acontecimientos.

Una de las chicas se dejaba meter en el coche con sumisión aparente y al rato salía por la otra puerta, sin soltar el teléfono móvil. Era la líder del grupo. Las otras tres seguían chillando como locas, cada vez más histéricas, retorciéndose en el suelo oscuro, mojado por el agua de los surtidores de la fuente, entre los coches de la policía y las gorras de los agentes, que intentaban una y otra vez meterlas en los coches.

– Está totalmente prohibido interrumpir el tránsito en la vía pública! –gritó un policía encarándose a unos progres que protestaban.

– Cierto, pero bastaba con conducir las a las Hermanas y las chicas hubieran seguido. Yo soy periodista y estoy en desacuerdo con esta actitud tan prepotente... –manifestó indignado un hombre de pelo blanco que había recriminado al policía.

– Si es usted periodista, vaya mañana con su denuncia a la prefectura, o mejor, publique su opinión en el periódico –terció otro, medio en serio i medio en broma.

– Estas chicas saben muy bien lo que hacen –comentó Uli a Lucía.

Se formaban coros y todo el mundo expresaba su opinión. Una señora bien vestida, agitaba el bolso y en sus palabras Uli creyó percibir un comentario sobre la mafia.

– Lucía ¿Qué ha dicho esta señora? No entiendo nada de siciliano. Esta tarde he visto a muchos subsaharianos en la carretera charlando y riendo con sus chicas, como si fuesen de excursión. También he leído que en el casco antiguo de Agrigento van a la caza de inmuebles vacíos. Dime: ¿Qué ha dicho esta señora sobre la mafia? ¿Qué tiene que ver la mafia con los ilegales?

– Mira Uli, aquí no hay trabajo, por esto los emigrantes que nos llegan en botes desde Túnez intentan subir hacia el norte. Mientras no lo consiguen, acogerlos nos cuesta ochenta euros al día cada uno. Sicilia es una dictadura de los políticos y del poder judicial. Hacen detenciones, dan la culpa a la mafia, y todo sigue igual. Aquí hay pobreza, y donde no hay dinero no hay mafia. Un funcionario cobra seiscientos euros al mes y un pensionista cuatrocientos. ¿Cómo puede una familia vivir con esto? La mafia solo interviene cuando detecta un intento de entrada de droga a través de la ruta africana. Si no, no tiene nada contra los emigrantes.

Uli escuchaba con atención. La voz grave de la chica le resultaba terriblemente seductora.

– Nosotros no somos racistas --afirmó Lucía--. Hace siglos que nos casamos con extranjeros. Mi abuela misma era tunecina. Desde aquí se ve Túnez a ojos desnudos. Mis padres se fueron a Milán, donde viven con mis hermanos, un chico y una chica. Yo soy la mayor. A los veinticinco años volví a Siracusa. Me gustaría enseñarte la iglesia de mi santa. Hay un Caravaggio. Podríamos ir mañana, que es domingo y no trabajo.

>Vamos a cenar Ulli, hay un restaurante cerca, la Tasca d'Almerial, realmente bueno. Allí podemos seguir hablando. Ya estoy cansada de esta escena. Todo acabará cuando lleguen refuerzos, estas pobres chicas sólo buscan un techo para dormir.

La fachada del edificio estaba cubierta por obras de remodelación, como muchas otras en la Ortigia. De no ser por Lucía nunca hubiese encontrado la entrada, oculta por el andamiaje. El patrón les ofreció escoger entre varias mesas. Uli sugirió una, en un rincón, al fondo. Nada más entrar en el segundo comedor, toparon de cara con cuatro hombres de mediana edad, que ya estaban cenando. Uno de ellos, se levantó para saludar a Lucía, que se adelantó hacia el grupo para hacer las presentaciones y dirigiéndose a Uli declaró:

– Te presento a Ugo Pagano, mi asociado en la Agencia. Ugo, éste es el arquitecto Ulrich Zimmermann. Está en Sicilia asesorando al Centro internacional de Estudios del Barroco de Erice y ha venido a conocer Siracusa, que le encanta. Nos hemos conocido esta tarde en el Palazzo Bellomo.

El siciliano besó a Lucía en la mejilla y les presentó al grupo, que ya se había puesto de pie.

– Ésta es Lucía Luca. Aquí Vizenzo Mattei, Cataldo Faraci y un compatriota suyo Herr Zimmermann; el promotor Ludwig Güring, de negocios en Sicilia.

Una vez se hubieron estrechado las manos, los alemanes cruzaron dos frases en su idioma.

– Grandes negocios ahora en Siracusa. Le deseo suerte Herr Zimmermann.

– Gracias Herr Güring –respondió Uli para no contradecirle.

Una vez ocupada su mesa, y siempre siguiendo las recomendaciones del patrón y de la misma Lucía, ordenaron la cena y la pareja retomó la conversación allí donde la habían dejado.

– Dices que tu país es un estado policial pero la gente no se rebela. Será que ya os habéis resignado a ser súbditos en vez de ciudadanos? –preguntó Uli.

– De cada cuatro que aquí trabajan, uno es funcionario. Éste es el mal de nuestra isla. La gente son como borregos, nadie se rebela, el que tiene iniciativa se pierde entre una maraña de permisos y burocracia. Pronto nos dimos cuenta de que la unión de Italia no era más que una maniobra de la burguesía del norte para ampliar sus mercados sin aranceles. Y de que Garibaldi era un ególatra aventurero al que ayudaron los hijos de papá de la isla.

>El resultado de esta desconfianza con el Estado es el origen del clientelismo. La costumbre es esta: tú me haces un favor y yo te hago otro. Los amigos aquí cuentan mucho. A esto le llamamos “tener santos en el Paraíso”. Mientras tanto, el Estado vende la idea de la mafia. Es nuestra leyenda negra. Le echan la culpa de todo, y la culpa la tienen los políticos que no aman al país.

Llegado este momento Uli quiso explicarle su tropiezo de la noche anterior, para saber de una vez por todas que podía haberle sucedido.

– Ayer por la tarde, cuando alquilé el coche en Erice para venir hasta aquí, calculé mal las distancias y al llegar a un pueblo llamado Partinico, o algo así, se hizo de noche antes de lo que había previsto. Decidí detenerme en una gasolinera y preguntar. Sentados frente al bar, me encontré a dos hombres.

– En Corleone no hay hoteles y en Partinico sólo uno, el de Pietro Viola. En la carretera son todo curvas y el pavimento ondulado–, aseguraron.

>Cruzaron un par de frases en siciliano y uno de ellos, el más joven, se despidió de su chica con un beso. Me indicarían el camino al hotel. Subieron los dos en un turismo azul oscuro y me dispuse a seguirles. Giraron a la derecha por una carretera asfaltada pero estrecha. Un indicador rezaba: “Contrada...”. Entonces sospeché.

>Quizá fueron imaginaciones mías, pero lo más sensato sería desistir. Aflojé para crear distancia, reduje la marcha

cuando pude y, aprovechando un camino lateral, di la media vuelta. Encomendándome a la Virgen del Espasmo aceleré como un loco, poniendo carretera de por medio. Al poco rato me encontré de nuevo en el pueblo. Me indicaron el mismo hotel, el Viola. Pregunté si no había otro. Lo negaron, así que me dispuse al sacrificio. Encontré el sitio de milagro y aparqué enfrente. Sólo había un coche, el del dueño probablemente. Cerré el precio con él, le entregué el DNI y subí a la habitación. Al poco oí unos ruidos tremendos. “Aiutamicro”, susurré. Mantuve la calma. Al bajar para la cena me contó el dueño que eran vendedores de zapatos que iban a una feria no se donde. Luego, me dormí con el ánimo más sosegado.

>A la mañana siguiente decidí reconstruir el suceso a la luz del día para salir de dudas. Llegué a la gasolinera y constaté que la carretera que habíamos tomado conducía a las montañas en dirección contraria al hotel, sin posibilidad de que se tratase de un atajo.

Bueno –dijo Lucía encogiéndose de hombros–, vete tú a saber. En muchos pueblos de Sicilia se dejan las puertas abiertas por la noche, pero allí no. La gente del Corleonese tiene mala fama. Es posible que te hubiesen pedido dinero. Otra cosa no.

Mientras hablaban, llegaron a los postres. Uli estaba encantado con Lucía. Era como si se hubiesen conocido siempre. A ambos les gustaban las mismas cosas: la belleza, el arte, la creatividad. Le mostró algunas imágenes de las iglesias de Erice en cuya restauración estaba interviniendo como especialista en nuevos

materiales de patente alemana para la B.B.C.C. del Gobierno Regional.

– Ésta es la Iglesia de San Alberto dei Bianchi y ésta la de San Martín, que hemos acabado ahora. Mira, ahora viene un travelling de la escultura de “San Martín a caballo y el pobre”, del quinientos. Ya verás que maravilla.

Ambos quedaron embelesados, mudos ante tanta belleza, sus manos se encontraron y permanecieron enlazadas hasta la llegada de los postres.

Los higos chumbos, pelados y troceados, compartían el plato con un palosanto y una ciruela azul, igualmente cortados en pedacitos y un trozo de melón sin corteza, dispuestos alrededor de un racimo de uvas enormes.

Entretanto, los amigos de Lucía abandonaron el local, no sin antes pasar a despedirse. Ulli observó que los sicilianos se besaban con el patrón en las dos mejillas, una costumbre heredada sin duda de los árabes, pensó.

– Espero que volvamos a vernos –le dijo el tal Ugo–. Lucía es una buena chica, y muy lista para los negocios.

– Tenga cuidado con ella –añadió guiñándole un ojo, mientras le estrechaba la mano efusivamente.

Ahora le tocaba el turno a Ludwig Güring.

– Hasta la vista Herr Zimmermann –exclamó el promotor, asiéndole el hombro con la mano izquierda mientras que con la otra apretaba la del arquitecto con vehemencia.

Lucía llevó a Uli al Biblios Caffè, un bar librería cerca de la Plaza del Duomo. Allí Uli le habló con entusiasmo del sentido del ritual en las antiguas liturgias, del poder de la luz para crear drama, y de cómo la utilizaban los arquitectos del barroco, de su amistad con el arzobispo de Friburgo -Brisingovia, que le había recomendado a Monseñor Clodomiro Testaferrata, arzobispo de Palermo. Ella le escuchaba atentamente punteando sus explicaciones con oportunos comentarios. A veces parecía que acababa sus frases. En un momento dado tomó la iniciativa.

– Aquí en Siracusa he trabajado duro y he logrado una posición en el mundo inmobiliario. La agencia está un poco más allá, en la Vía Roma. Mañana podemos ir, aunque sea domingo. Te mostraré los palacios que hemos comprado. Dentro de unos años serán hoteles. Ahora, con la crisis, todo está en venta, y nosotros estamos consiguiendo edificios a buen precio.

>Un día van a terminar la autopista y construirán el Puerto Turístico, del que ya se ha puesto la primera piedra, la Terminal para los grandes cruceros en el muelle de San Antonio, el Parque natural de la Península de la Magdalena y la carretera sobre la ex línea del ferrocarril. Y por último, el aeropuerto.

>Cuando estos proyectos sean una realidad, la crisis habrá pasado y la Ortigia será un destino privilegiado para el turismo de calidad. Ya has visto los precios en el Algilà, donde te alojas. Y está abierto hace sólo cinco meses. El Palazzo Battaglia, que se halla justo al lado, lo hemos comprado nosotros.

– Si, los precios son altos y la gente los paga. El recepcionista del Algilà, que habla alemán, me ha asegurado que estaban sorprendidos; tenían Octubre y Noviembre prácticamente llenos. Y el Domus Mariae, el palacio gótico de las monjas ursulinas, donde pregunté primero, estaba completo.

Cuando salieron a la calle, en el Caffè sonaba el “Ti amo”, un viejo tema de Umberto Tozzi. La mujer acercó su mejilla a la de Uli y, cuando se miraron, ella tenía una sonrisa en los ojos que le aceleró el corazón.

¿Magdalena o Rosalía?

La casa de Lucía estaba en la primera planta de un inmueble con balcones de “pecho de oca” situado en la vía Maestranza, un poco mas abajo de la Tasca de l’Almerial, donde habían cenado.

– Arreglé la casa hace tres años. Aquí he creado mi ambiente. Este es Vitellone, es muy cariñoso y me sigue por todas partes. Me hace mucha compañía.

Uli miró al conejo, un precioso ejemplar blanco y negro con las orejas caídas, y mientras ella se agachaba para acercarle un puñado de hojas de zanahoria entre las rejas de la jaula, recorrió cada rincón de la estancia con la mirada. El espacio había sido liberado y sólo se habían respetado las paredes maestras. El conjunto tenía vocación de loft. Muebles antiguos y modernos convivían en él sin dificultad. Colgado encima de una cómoda del ochocientos, un cuadro antiguo llamó la atención del arquitecto.

–Esta Santa Magdalena se parece a ti.

–Me lo ha dicho mucha gente. Yo no me había dado cuenta cuando lo compré, pero seguro que fue esta semejanza la que me atrajo.

Había observado poco el físico de la chica, la verdad. No había siquiera pasado por su cabeza la idea de una aventura. Fue el cuadro que le hizo establecer semejanzas. A veces la naturaleza imita al arte, pensó.

La santa reposaba con la cabeza echada hacia atrás en señal de abandono. Desnuda de cintura para arriba, una larga cabellera de pelo castaño le cubría un seno y entre los bucles de reflejos dorados asomaba el otro. Eran de tamaño mediano, con los pezones en punta que invitaban a ser mordidos, igual que lo hacían los brazos carnosos y su cuello blanco con reflejos de nácar.

Ella le corrigió con dulzura mientras se empezaba a desabrochar los botones de la blusa con calculada parsimonia.

–No es la Magdalena, es Santa Rosalía, patrona de Palermo. Por esto están todas estas rosas levitando a su alrededor.

La blusa de la chica cayó al suelo y sus pechos se ofrecieron a la mirada sorprendida del arquitecto, que sintió de repente la conciencia plena de su ser masculino. Lucía le abrazó por el cuello y le besó en los labios. Nunca le habían besado con tanta pasión. Agarró con fuerza los brazos de la chica para mantenerla sujeta mientras mordisqueaba su cuello con avidez. Tanto daba si era Magdalena como Rosalía; a aquel primer mordisco siguieron otros, muchos más y así les sorprendió la aurora, cansados y unidos en un sólo cuerpo.

Domingo por la mañana. El tránsito había desaparecido. La chica, desnuda y tumbada al lado del arquitecto acariciaba parsimoniosamente su pecho, sus labios, el cabello de su nuca, mientras susurraba con un hilo de voz.

–Eres un artista de verdad, Uli, porque, no se..., tienes aquello que hay que tener. Y un arquitecto extraordinario, es fantástico lo que haces. Sospecho que tienes dinero de familia pero no me digas que no sería genial emplear nuestros talentos juntos.

>Aquí en la Ortigia tendrías un proyecto maravilloso, de aquellos que dan sentido a una vida. Tienes cuarenta y cinco años. Si no lo haces tu, lo harán otros y no tendrán tu capacidad y tu sentido del arte, de lo mágico, de lo invisible, que solo un artista sabe como hacerlo visible, para que la gente, al verlo, lo reconozca. ¿Qué es lo que esperas?

Así hablaba Lucía, y sus palabras iban poco a poco haciendo mella en el ánimo de aquel hombre que unas horas atrás vivía establecido en una confortable rutina, y que ahora empezaba a creer de nuevo en si mismo. Cada minuto que pasaba se sentía más inconfortablemente vivo.

A mediodía subieron al solárium, desde donde se divisaba una amplia panorámica que abarcaba desde el castillo Maniace en la punta de la isla hasta la gran Siracusa, la ciudad que en tiempos triplicaba la población actual. Por encima de los tejados, la vista del arquitecto sobrevolaba palacios y más palacios. Nunca tuvo una ambición excesiva, pero esta vez se sentía arrebatado por un deseo que le transportaba a un mundo de aventuras que nunca había imaginado antes. El amor y la muerte, pensó con el ánimo embriagado, son las dos únicas cosas que cambian el curso de la vida.

Así que, tal como Lucía le había propuesto, mañana mismo haría una visita a Giambattista Lo Manta, político relevante que estaba interesado en invertir en los proyectos hoteleros de la Ortigia. Lucía concertaría la entrevista en Palermo, a la hora de comer. Él se postularía como arquitecto estrella del proyecto impulsado por Lucía y sus asociados.

Uli llamó al hotel Algilá avisando que recogería su bolsa de viaje por la tarde antes de partir. Aunque el trayecto, pasando por Catania, era todo autopista, seis horas no se las quitaba nadie hasta llegar a Erice. Allí debía recoger sus planos y asistir por la mañana del lunes al último encuentro con los contratistas en el Centro de Estudios. Y después devolver el coche y tomar un taxi para llegar a Palermo, donde tenía una cita a las seis de la tarde en el palacio arzobispal para despedirse de Monseñor Testaferrata. En medio habría que encontrar tiempo para comer con Lo Manta.

Cuando salían de la casa, Uli notó que la chica estaba triste. Caminaron cogidos de la mano hasta la vía Roma. Al llegar al inmueble Lucía abrió la puerta y subieron un tramo de escalera hasta la agencia inmobiliaria. Sacó del archivador una memoria muy bien encuadernada, que explicaba la historia de l'Ortiglia, las infraestructuras proyectadas, y las fotos de los palacios adquiridos por el grupo para convertirlos en hoteles.

–El Signore Lo Manta ya ha demostrado interés en nuestro proyecto y está dispuesto a invertir. En cuanto sepa la hora de la entrevista te llamo.

Acompañó a Uli al hotel a recoger su equipaje y después hasta el auto. Ella seguía triste.

–Lucía, ¿Ocurre algo?

–Nada, no ocurre nada. Es que me da pena no poder acompañarte pero mañana me espera un día de locura. Todo irá bien. Quiero que sepas que te quiero.

–Conseguiré este proyecto, lo conseguiré para los dos.

Tras oír estas palabras, los ojos de Lucía reflejaron un sufrimiento interior. Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla mientras Uli arrancaba el coche y emprendía el camino a Erice.

Todo el viaje estuvo pensando en los sucesos de Ortigia. Dejó atrás Palermo siguiendo por la autopista hasta llegar a Trapani. Ya había oscurecido, emprendió una vez más la inacabable subida que le conduciría hasta Erice, aparcó delante del Duomo y cenó un cuscús de pescado en el restaurante de la Plaza del Centro. Decididamente había dos Sicilias, la de los nativos, de salarios y pensiones de hambre y la que vivía de explotar a todo turista que llegase allí. Y sin embargo los turistas llegaban. Y era un turismo ávido de confort y cultura, que allí podían darse la mano. Lo que faltaba era infraestructura, pero esto sería cuestión de tiempo.

¿Una cruz de plata bizantina o un camafeo romano?

Al llegar al hotel, sintió el vacío doloroso de la soledad y llamó a Lucía antes de la hora que habían convenido.

–Ya está todo arreglado. Lo Manta tiene mucho interés en conocerte. He podido localizarle esta tarde en su casa de Cefalù. Tiene que consultar la agenda de mañana en el palacio del Gobierno con su secretaria. Estará encantado de comer contigo. Si puede escaparse a tiempo del trabajo la comida será en su casa. Un hombre de confianza pasará a recogerte en Erice, en la puerta de la Iglesia de San Martín, a mediodía.

>No te olvides de llevar la memoria del proyecto y el dossier de tus intervenciones en Erice. Ah, se me olvidaba; he localizado una cruz bizantina de plata para la colección de Lo Manta. Ya te dije como funcionan las cosas en Sicilia.

Favor por favor. Quiero decir que a Lo Manta le encantará el regalo.

>Tienes que recoger la cruz antes de las dos. Te la entregará el sacristán del Oratorio de San José dei Teatini, al lado de Quattro Canti, que te estará esperando nada más subir las escaleras.

Lucía seguía dándole instrucciones por teléfono con la voz más susurrante que el arquitecto había escuchado en su vida.

–Lucía, eres fantástica. Contigo las cosas difíciles parecen fáciles. Te llamaré tan pronto salga de la comida para explicarte como ha ido.

–Aquí estaré, amado mío. Que duermas bien y tengas felices sueños. Yo también pensaré en ti, no puedo dejar de hacerlo ni un solo instante. Si tienes algún contratiempo llámame, estaré pendiente todo el rato. Buenas noches.

Uli pasó en el hotel Moderno la última noche en Erice. Estaba tan cansado que no tardó en entregarse al sueño, pero se despertó al día siguiente antes de lo acostumbrado. La RAI no hacía más que hablar sobre la crisis financiera. La bolsa seguía en caída libre y había perdido casi un cincuenta por ciento en lo que llevaban de año. En los periodistas se apreciaba la sensación de estar viviendo un momento histórico.

La niebla, la famosa niebla de Erice que a cubre a menudo el castillo normando, el duomo y las empinadas calles del pueblo con sus cerca de treinta iglesias, había acudido puntual a la cita. Uli se encaminó al Centro de Estudios del Baroco para reunirse con el arquitecto Vittorio Greco y los contratistas. Al terminar, esperó que sonasen las doce y el encargado corrió a avisarle que había llegado un vehículo a recogerle.

Del Mercedes CDI negro, aparcado en el centro de la placita de San Martín, descendió un hombre joven, alto, cabeza rapada, con pantalón y chaqueta oscuros, que calzaba zapatos deportivos. Rodeó el auto por la parte de atrás y mientras el encargado abría la reja del pórtico del templo para que Uli saliese, se presentó y le invitó a sentarse en los asientos posteriores.

–Soy Marcello Sultano. Me envía el signore Lo Manta. Estoy a su disposición. ¿Quiere dejar el equipaje en el maletero?

–Sólo llevo esta bolsa de viaje y el maletín. Los conservaré conmigo para tenerlos a mano. Gracias.

El auto enfiló la autopista hacia Palermo. Uli recordó que tenían que pasar por el Oratorio de los Teatinos. Se lo dijo a Sultano quien asintió con la cabeza. Descendieron por el corso Vittorio Emanuele hasta llegar delante del edificio. Uli subió las escaleras y quedó impresionado por las dimensiones del oratorio que parecía un teatro, con cortinajes rojos y balcones. En la penumbra esperaba un hombre que le preguntó sin mirarle a los ojos.

– ¿El señor Zimmermann? Aquí tiene el estuche con el camafeo que viene a recoger. Recuerdos de los de Caltanissetta.

Mientras bajaba las escaleras en dirección a la entrada, la cabeza de Uli empezó a dar vueltas. Se detuvo de golpe y volvió sobre sus pasos para preguntar: ¿De qué camafeo habla? ¿No era una cruz de plata? Entonces se dio cuenta de que el hombre había desaparecido por una puerta lateral, detrás del palco.

–Debe ser una confusión, pensó, mientras el chofer le abría la puerta del coche.

– ¿A dónde vamos finalmente?- le preguntó al chofer mientras éste arrancaba.

–El señor Lo Manta le recibirá en su casa, en la carretera de Monreale. Aunque la entrevista estaba programada desde hace varias semanas por el Arzobispado, hasta ahora mismo no he sabido donde tendría lugar. Acaban de telefonarme para decírmelo. Vamos hacia allá.

Era demasiado. Una ola de sudor frío ascendió por el cuerpo de Uli. ¿Una cruz de plata o un camafeo? ¿Una visita anunciada desde semanas antes con un señor cuya existencia ignoraba dos días atrás? Se le hizo un nudo en la garganta.

Recordó las palabras de Lucía cuando el incidente en la Plaza Arquímedes, a propósito de los emigrantes: “La mafia sólo interviene donde hay dinero”. Y en el maletín llevaba asuntos que implicaban mucho, muchísimo dinero. Sin duda las medidas de seguridad eran inferiores en una casa particular que en el palacio del Gobierno, y más si la entrevista está auspiciada por un Arzobispo. Entonces espetó al chofer:

–Sultano, pare un momento por favor, he recordado que tengo que hacer un pequeño recado más.

¿En la ducha o conduciendo?

Cuando el auto se detuvo, Uli agarró su bolsa de viaje y salió precipitadamente olvidando el maletín. Solo tuvo

tiempo de advertir al chofer de que no era responsable de su contenido, pero que fuese con cuidado, dicho lo cual se topó de frente con las escaleras que bajaban a la Vuccheria, las enfiló corriendo y a través precipitadamente el mercado, invadido por una sensación de pánico.

Cuando llegó a la Iglesia de San Domenico, algo más sereno al ver que nadie le seguía, buscó el silencio del claustro para telefonar a Lucía. “El teléfono al que llama está desconectado o fuera de servicio”, repetía machaconamente la voz grabada. Quizá esté en la ducha, o conduciendo, pensó. La volveré a llamar en cinco minutos.

Eran las dos. Faltaban cuatro horas para la entrevista en el Palacio del arzobispo. No sabía si debía ir. Llamó desesperadamente a Lucía cuatro o cinco veces más. La respuesta era siempre la misma. Abandonando el claustro, encontró un discreto hotel, situado en un segundo piso en la misma Vuccheria. Allí nadie le iba a encontrar, pensó. Dejó la bolsa en la habitación, donde se repuso mientras daba vueltas a lo sucedido. Tenía la boca reseca y el pulso le latía precipitadamente, como después del atraco frustrado en Portinari. Necesitaba evidencias, así que, cuando faltaba media hora para las cinco, marcó el número de Lucía un par de veces más y al no obtener respuesta, recuperó el ánimo, se miró al espejo y emprendió el camino hacia el arzobispado.

Aunque se sentía protegido entre la gente de la calle, no estaba nada tranquilo. Al traspasar la puerta del palacio se sintió más aliviado y una vez en presencia de monseñor Testaferrata indagó.

–Todo ha ido bien Monseñor. Hemos encontrado soluciones para los problemas estructurales de las iglesias de Erice. El trabajo ha sido completado con resultados satisfactorios.

Cada día entiendo mejor a los sicilianos. Pero si me lo permite, desearía hacerle una pregunta sobre un tema que me preocupa. ¿Quién es Giambattista Lo Manta?

– ¿Por qué lo quiere saber? –preguntó Testaferrata antes de responder.

Entonces Uli le relató lo esencial de la historia:

–En Siracusa conocí a unos promotores que me animaron a entrevistarme con Lo Manta para presentarle una memoria de actuación hotelera en viejos palacios de la Ortigia, en la que yo actuaría como arquitecto. Lo que no comprendo es que dicen que la entrevista ha sido preparada en esta archidiócesis.

–Creo entender lo que ha pasado. Giambattista Lo Manta es un político de Palermo del que se sospecha tiene conexiones con la Mafía, y esto frena su ascensión al Senado. Hace unos años sufrió un atentado del que escapó de milagro, si bien creo recordar que murieron sus dos escoltas. Para contrarrestar esta imagen ha intentado en varias ocasiones acercarse a este arzobispado.

–Ya comprendo –repuso Uli–, al venir la propuesta de la Iglesia, me recibiría con todo placer. Es increíble la influencia que tienen ustedes en Italia.

–Este país en el fondo necesita un rey y el Papa desempeña este papel –respondió Testaferrata –, por esto tenemos tanto prestigio, el que necesita Lo Manta para contradecir la creencia general de que está en nómina de la Mafía.

>Es evidente que nuestra oficina de protocolo no ha concertado ninguna entrevista. Me inclino a pensar que para hacerlo se utilizaron impresos o correo electrónico

falsos. Y de haber mediado confirmación telefónica significaría que en nuestro despacho tenemos una manzana podrida. Haré investigar a Pericoli y a Cipolla. Hace tiempo que sospecho de ellos.

>Mientras conseguían que Lo Manta le recibiese con el sueldo de que la idea venía de este arzobispado, le utilizaban a usted ofreciéndole una promoción para sus legítimas aspiraciones profesionales. Lo que no acierto a comprender es el fin último de esta entrevista y concretamente a quien beneficiaba.

>De todas formas creo que hizo usted bien en echarse atrás. Le deseo un buen regreso a su país, señor Zimmermann. Salude de mi parte al arzobispo Wolfgang Müller cuando tenga ocasión de verle personalmente.

¿Ugo Pagano o Ugo Zuppardo?

Al salir, la camisa no le llegaba al cuerpo. Telefonó una vez más a Lucía. Sin respuesta. Se encerró en la habitación del hotel. Recapituló otra vez. ¿Cruz de plata o camafeo? Podía ser una confusión del sacristán. ¿La entrevista preparada semanas atrás cuando no sabía de la existencia de Lo Manta hasta dos días antes? Podía ser un malentendido del chofer. ¡Pero el teléfono de Lucía fuera de servicio! ¡Esto parecía imposible! Ahora que todas las piezas encajaban, él se resistía a reconocer la evidencia. Encendió el televisor. Las bolsas de valores de medio mundo se desplomaban, era la quiebra de Lehman Brothers. En otro canal, un programa de tele basura y la canción de “Bella senz’anima” de Riccardo Cocciante que le penetró hasta la médula de los huesos.

No empezaría a sentirse seguro hasta la mañana del día siguiente, cuando el avión se elevase en el cielo y

viere a Sicilia hundirse en la distancia. De repente, en el telediario de las once vio una cara que le resultó conocida. El presentador decía:

“Al llegar esta noche a su casa, en Caltanissetta, el boss Ugo Zuppardo ha sido tiroteado recibiendo dos balas en la espalda y dos más en la pierna. Interrogado por la policía, Zuppardo ha declarado estar bajo el efecto del shock y no recordar nada.”

Acompaña la información una foto con el boss entre dos policías hecha en el momento de su detención. Hacía seis meses que había salido de la cárcel. No había duda alguna; era la foto de Ugo Pagano, que Lucia le había presentado como su socio en el restaurante de Siracusa.

Terminaba la noticia: “El atentado se inscribe en la lucha entre las facciones de Caltanissetta y la de Palermo por el control de las infraestructuras que se prevé efectuar próximamente en el puerto de Siracusa”

¡Qué rápida había sido la reacción de Lo Manta!

Uli no durmió en toda la noche. ¿Quién sería el siguiente? pensaba.

La respuesta, en el primer informativo de la mañana

“Detenido por la policía el “truffatore tedesco” Ludwig Güring, acusado de haber intentado vender a unos americanos el edificio de la antigua cárcel borbónica de la Ortigia, perteneciente al Ayuntamiento de Siracusa” .

Camino del aeropuerto y una vez en el mismo Uli pasó más miedo que nunca antes en toda su vida.

Transcurridos unos meses desde su regreso a Balingen, y cuando empezaba a olvidar toda la historia, recibió un gran paquete con remitente desconocido. Por las dimensiones imaginó su contenido. No se equivocaba. Desgarró con precaución una de las esquinas. Era el cuadro de Santa Rosalía.

Imaginó que podía ser un paquete bomba pero pudo más la impaciencia. Lo desembaló con un aleteo en el corazón y encontró sujeta al marco una hoja de cartulina de color gris perla donde se leía un escueto “perdóname”, escrito con barra de labios.

En los años que siguieron se acordó de Lucía Luca con inusitada frecuencia. Muchas veces pensó en volver a Sicilia, pero nunca tuvo el valor de hacerlo.